

ECONOMÍA DE NUESTRO TIEMPO (XVIII)

Ética y economía

Cabe iniciar esta discusión mediante un pregunta muy sencilla: ¿Qué es más importante para la buena marcha de la economía, la generosidad de las personas (amor), los incentivos existentes (zanahoria), o la disciplina impuesta (palo)? Es muy posible que cada lector haya pensado ya su respuesta. Si es economista o sociólogo se habrá pronunciado seguramente por los incentivos. Quiero argumentar como economista que lo principal es la generosidad de sus gentes.



José A. García-Durán de Lara es catedrático de Teoría Económica en la Universidad de Barcelona, donde enseña desde 1966, y es profesor extraordinario en la Universidad de Navarra desde 1996. Ha escrito libros sobre análisis coste-beneficio (1973), macroeconomía española (con Antonio Argandoña, 1988, 1990, 1991 y 1993), y la calidad de la vida en España (con P. Puig, 1982).

Innovaciones y generosidad

¿Por qué un ciudadano del mundo industrializado en el año 2000 tiene mucho mayor bienestar material que su abuelo o bisabuelo adulto en 1900? La respuesta es conocida por todos: porque desde entonces hasta ahora se ha sabido inventar y desarrollar muchos productos nuevos. Si antes casi todos los ingresos de una familia se gastaban en alimentación, ahora basta con un 15%. Eso significa que hemos descubierto otras cosas que hacer y en qué gastar, y que sabemos hacer de forma mucho más eficaz, utilizando menos factores, todo. Las bombillas, la penicilina, el teléfono, los coches, los aviones, las neveras, la fotografía fácil, las cadenas de música, el cine, la televisión,

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia.

los ordenadores, la fotocopiadora, Internet... Es más, sin esos productos nuevos, los incentivos se habrían acabado pronto. Pero, ¿de dónde vienen esos productos nuevos? De personas muy entregadas, generosas, voluntariosas, voluntarias. Si repasamos las biografías de esos inventores nos encontramos con una gran ansia de crear, de mejorar la suerte de los demás, más que de enriquecerse. Vogel ha llegado a decir que casi todo el trabajo que hacemos en el 2000 en nuestro mundo es voluntario, pues si se tratase sólo de cubrir nuestras necesidades básicas bastaría con trabajar unos quince años.

Algunos de mis colegas economistas pueden afirmar, buscando en su arsenal de conceptos, que hoy buena parte de las innovaciones o las mejoras provienen de centros de investigación y desarrollo, y que condición necesaria para su éxito es la exigencia de una buena legislación de patentes y copyrights que garantice la apropiación de los beneficios de los inventos. Esta idea, un vez observada con precisión, parece débil. En primer lugar, los cálculos realizados sobre los beneficios sociales de algunos de esos inventos de primera línea indican que el por-



Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna: pioneros españoles, Teatro español contemporáneo, La música en España, hoy, La lengua española, hoy, Cambios políticos y sociales en Europa, y La filosofía, hoy. 'Economía de nuestro tiempo' es el tema de la serie que se ofrece actualmente. En números anteriores se han publicado ensayos sobre *Empleo y paro: problemas y perspectivas*, por José Antonio Martínez Serrano, catedrático de Economía Aplicada en la Universidad de Valencia (diciembre 1999); *Crecimiento económico y economía internacional*, por Cándido Muñoz Cid, catedrático de Economía de la Universidad Complutense de Madrid (enero 2000); *Liberalización y defensa del mercado*, por Miguel Ángel Fernández Ordóñez, ex presidente del Tribunal de Defensa de la Competencia (febrero 2000); *Economía de la población y del capital humano*, por Manuel Martín Rodríguez, catedrático de Economía Aplicada en la Universidad de Granada (marzo 2000); *El subdesarrollo económico: rostros cambiantes*, por Enrique Viaña Remis, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Castilla-La Mancha (abril 2000); *Economía, recursos naturales y medio ambiente*, por Juan A. Vázquez García, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Oviedo (mayo 2000); *La economía internacional, entre la globalización y el regionalismo*, por José María Serrano Sanz, catedrático de Economía Aplicada de la Universidad de Zaragoza (junio-julio 2000); *Finanzas internacionales y crisis financieras*, por Emilio Ontiveros Baeza, catedrático de Economía de Empresa en la Universidad Autónoma de Madrid (agosto-septiembre 2000); *Keynes, hoy*, por Antonio Torrero Mañás, catedrático de Estructura Económica en la Universidad de Alcalá de Henares (octubre 2000); *Política tributaria y fiscal en la Unión Europea*, por José Manuel González-Páramo, catedrático de Hacienda Pública en la Universidad Complutense de Madrid (noviembre 2000); *Economía y organizaciones*, por Vicente Salas Fumás, catedrático de Organización de Empresas en la Universidad de Zaragoza (diciembre 2000); *El sector público en las economías de mercado*, por Julio Segura, catedrático de Fundamentos del Análisis Económico de la Universidad Complutense de Madrid (enero 2001); *El horizonte económico iberoamericano*, por Juan Velarde Fuertes, profesor emérito de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid (febrero 2001); *El empresario. Justificación y función*, por Alvaro Cuervo, catedrático de Economía de Empresa y director del Departamento de Organización de Empresas de la Universidad Complutense de Madrid (marzo 2001); *La política monetaria de la Unión Europea*, por José Luis Malo de Molina, director general del Banco de España (abril 2001); *Las actividades de I+D y la innovación tecnológica*, por Carmela Martín, catedrática de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid y catedrática Jean Monnet de la Comisión Europea (mayo 2001); y *Hacia una nueva economía de los recursos energéticos*, por Juan Carlos Jiménez, profesor titular de Economía Aplicada en la Universidad de Alcalá (junio-julio 2001).

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

centaje o pormilaje que recibe su creador es mínimo, aunque parece ser que haya subido algo últimamente. En segundo lugar, como nos explicaron Josua Stamp o Irving Fisher, también los centros de investigación y desarrollo son hijos de la generosidad. Para estos economistas pensadores, las sociedades generosas toman en consideración a las generaciones futuras. Por eso inician proyectos de investigación. Por ello su horizonte temporal de decisión se hace más largo –más de cien años–, de modo que ahorran más, los tipos de interés real a largo plazo son más bajos, resulta más fácil financiar a un equipo de investigadores que den resultados dentro de varios años.

Eso ha sido desde hace mucho la posición de los tratadistas de ética. Tomás de Aquino se pregunta en el siglo XIII qué virtud social es más importante, si la liberalidad (proyectos, inversiones), o la austeridad (ahorro, posesión), y contesta que desde luego la primera. Keynes quería decir exactamente lo mismo cuando hablaba de la posibilidad de un exceso de ahorro sobre la inversión, es decir, de una sociedad con más deseo de posesión que de creación.

El Aquinate lo explica muy bien en su conocido caso de la sequía en Turquía. Cuando llega la noticia a Venecia, sus mercaderes compran cereales en Europa y fletan barcos llenos de grano hacia Estambul. Uno de esos barcos será el primero en llegar. Podrá vender el trigo a muy buen precio si no se sabe que llegan muchos más barcos detrás. ¿Debe decirlo? La respuesta de Santo Tomás es que no tiene ninguna obligación de hacerlo. Para que la sociedad vaya bien deben existir premios para los que hacen algo útil los primeros, porque así las personas corren algo más en satisfacer las necesidades de los demás. Sin embargo, continúa el gran pensador, conviene que haya personas que sepan renunciar a esos premios. Afirma que si él fuera el capitán del primer barco que llega, explicaría que otros estaban apunto de llegar. El inventor-innovador es quizás un prototipo de ese comportamiento. Pero además, la sociedad funciona porque muchos se esfuerzan sin necesidad del incentivo.

Generosidad y vida económica corriente

Puede que sea cierto que el flujo de inventos y de creación de productos nuevos, que realmente es muy importante en la vida económica, pueda provenir de un deseo humano de creación, de curiosidad, de romper barreras para la humanidad; pero los esquemas sobre incentivos sirven para explicar la multitud de actividades de la vida económica corriente. Lo nuevo, en cada momento, sólo es una parte de lo

que se está haciendo.

El economista pensador desde la ética no aceptaría esa proposición. Para él las actitudes y los valores siguen siendo más importantes que los incentivos para explicar la vida económica corriente. Piénsese en la oferta de empresarios, en las proporciones de trabajadores buenos y malos, en las actividades de búsqueda de rentas, en el papel de la confianza, en la educación de las preferencias...

Alfred Marshall explicaba la amplia oferta de empresarios durante el siglo XIX porque en las familias numerosas se había aprendido desde pequeños la generosidad (esforzarse y renunciar a cosas por los demás) y la competición (por el afecto de los padres). Weber, Fanfani, Samuelson, Maeztu, Novak, Delacroix han insistido en que en todo proceso fuerte de expansión económica hay detrás una tensión ético-religiosa individual. Las pesadillas del conde Arnau, a diferencia de la condescendencia de Berceo, explican quizás una parte del diferencial de crecimiento de Cataluña. Cuando los economistas distinguimos entre adversos al riesgo y amantes del riesgo, o calculamos la prima de riesgo inductora de empresariedad, iluminamos algo importante, pero lo más importante queda fuera del esquema. Parece mentira que algunos de nuestros historiadores sigan afirmando que España «acabó encontrándose sin una clase empresarial competitiva y dinámica» porque la ortodoxia cristiana «reprimió sistemáticamente la libertad de acción en busca de la felicidad terrena». Más cierto es decir que nos enfrentamos a dificultades especiales, por ejemplo, con respecto al agua y la energía, y que en cuanto los transformadores ZDB (Zipernowski-Déri y Blathy) permitieron llevar la electricidad de los puntos de producción a los de consumo sin grandes pérdidas, se ganó ritmo rápidamente.

Akerlof ha explicado cómo la eliminación de primas y otros incentivos, es decir, un simple salario de eficiencia (algo por encima del de mercado) por cumplir unos mínimos de producción poco exigentes, y mucha confianza, aumenta el porcentaje de buenos trabajadores en la empresa, con todo su efecto de arrastre. En una empresa de 10 trabajadores, con 2 buenos, 3 malos y 5 medios, si falla uno de los buenos, los malos pueden arrastrar a los medios a un bajo rendimiento. Subir las exigencias mínimas puede eliminar definitivamente a los buenos, que valoran mucho la libertad: en su función de utilidad entran los grados de libertad de que se disfrute.

Tullock ha explicado que dedicar recursos a conseguir favores públicos tiene muy elevada rentabilidad; pero que en las sociedades más dinámicas no se practica esa tarea tanto como el simple cálculo aconsejaría. ¿Por qué? Porque en las sociedades más dinámicas existe una

ética de no aprovechamiento de privilegios. Simplemente no se hace. Y además está mal visto.

Fukuyama ha insistido en que buena parte del análisis económico falla por no haber incluido el capital social de confianza entre las explicaciones del crecimiento. Esa proposición había sido formulada también con todo detalle por Tomás de Aquino. Si un comerciante engaña a un cliente, dice el Aquinate, a primera vista no hay ningún efecto asignativo ni productivo, simplemente una transferencia de renta del cliente al comerciante. No sería grave. Pero queda dañado el capital social de confianza. Y los efectos económicos a largo plazo son enormes: empieza a predominar la malevolencia sobre la benevolencia, el espíritu de posesión sobre la liberalidad... Los incentivos pueden movilizar energías de personas poco virtuosas, pero sin la virtud gratuita no podríamos funcionar. El capitán de Estambul que explica que lleguen otros barcos está incrementando el capital de confianza y alimentando las fuentes de la benevolencia y la creatividad.

Los teóricos de las asimetrías de información y de la reputación afirman que la prima de calidad que permite evitar los comportamientos piratas no tiene por qué ser muy grande, porque los beneficios del pirata sólo se producen una vez, mientras que la prima dura mucho tiempo. Estamos ante uno de los ejemplos de la posible sustitución de la ética por los incentivos. Pero en el fondo no es así. Todo el modelo se basa en que el número de piratas es limitado. Como el mal ejemplo hace mancha de aceite, la prima de calidad puede tener que ir aumentando.

La vida económica de cada día tampoco puede interpretarse como un sistema de respuestas a incentivos. Éstos facilitan el funcionamiento de una sociedad más o menos virtuosa; pero la pérdida de las fuentes de la benevolencia destrozaría la eficacia misma de los incentivos.

Buchanan en este punto muestra una evolución muy clara. Si en algunos escritos suyos las virtudes parecen no importar, reconoce más tarde que sin preferencias bien educadas y sin una ética del trabajo no se puede avanzar.

Arrow ha ido más lejos. Ha reconocido que la lógica económica, como toda lógica parcial, conduce a absurdos cuando se la lleva demasiado lejos. El buen economista debe saber reconocer los límites de esa lógica, que se encuentran en cuanto se llega a conclusiones que van en contra de nuestras intuiciones humanas más básicas, es decir, contra los dictados de nuestra conciencia.

Stigler intenta explicar una disminución de la tasa de delitos en EE UU por un incremento de la probabilidad de ser descubierto, al contar la policía con más medios. Etzioni interpreta la misma dismi-

nución, el mismo episodio histórico, como resultado de una movilización cívica de recuperación de valores. Siempre me ha parecido más correcta la segunda interpretación.

Cosmopolitas y maximin

Los análisis de los economistas acerca de la vida económica corriente reconocen el papel de la generosidad, de la entrega, del trabajo bien hecho, de que hacer dinero (*to make money*) no es lo mismo que conseguir dinero (*to get money*), de la confianza, del buen ejemplo. Rawls insistió también en esos elementos al señalar que en lo más íntimo de nuestro comportamiento social está la idea del jubileo, de que trabajamos para mejorar la situación del que está peor, vivimos en una sociedad de maximin, y eso le da su fuerza y su dinámica. Sin embargo, Rawls se niega a darle a ese criterio una amplitud cosmopolita. Rubio de Urquía ha ido más lejos, ha elaborado la vieja noción de opción preferencial por los pobres estén donde estén.

La conclusión que se obtiene de este análisis es que por no fundamentar la idea de progreso en sus fuentes originales, se nos ha escurrido de entre las manos. Cuando Dios hace al hombre a su «imagen y semejanza», no se refiere sólo al logos, sino a la capacidad de amor. La modernidad nace cuando la esperanza de sacar a muchos hombres de la pobreza absoluta aparece como realista en el siglo XVIII. De ahí el esfuerzo realizado desde entonces, con todos los éxitos que puede presentar, pues nunca ha habido tanto número de hombres y mujeres sobre la tierra. La madre Teresa nos ha mostrado que ese esfuerzo debe continuar para abrir oportunidades a todos aquellos a quienes el bienestar material todavía no ha llegado. David Ricardo, con la teoría de la ventaja comparativa, nos hizo ver que cada paso adelante del mundo rico deja abiertas nuevas posibilidades al resto de los hombres. Juan Crisóstomo, con su teoría de la sociedad del bienestar, nos hizo ver que una parte de los frutos de esa sociedad creadora de riqueza debe destinarse a los que no han sabido seguir su ritmo de tal forma que se cree un «torbellino de actividad» entre los pobres. El reto sigue en pie.

Pero esta vez es a nivel mundial, sobre un planeta tierra de cuya pequeñez somos conscientes ahora que podemos atravesarlo en un día. El ciudadano medio ha aprendido en estos últimos doscientos años de mejora económica. Se ha hecho previsor, sabe del valor de la educación, de la salud, del ahorro para la vejez, de la herencia, de la flexibilidad de los mercados de capitales. Ese proceso de maduración, de

ÉTICA Y ECONOMÍA

aprendizaje y de incremento de capacidad económica ha de llevarnos a un profundo replanteamiento de lo que llamamos el Estado de bienestar, es decir, la atribución a las Administraciones Públicas de la educación, la sanidad y las pensiones. Linbeck ha señalado la relación entre ética cristiana y Estado de bienestar, y la erosión de sus valores iniciales. Orléan teme que con esas privatizaciones el espacio público se empobrezca demasiado, pudiendo llegar a una deriva sin límites. No comparto su opinión. Más bien resulta triste que los intentos de defensa de las actuales atribuciones escamoteen muchas veces los problemas y las opciones. Para afirmar la sostenibilidad del sistema de reparto de las pensiones, por ejemplo, se hacen supuestos de incremento de la productividad por trabajador que nunca se han dado históricamente en periodos largos, o se interpretan empleos a tiempo parcial como empleos a tiempo completo para el cómputo de cotizaciones, o se reduce sin debate el abanico de tratamientos hospitalarios aplicables según la edad.

La utopía ética del siglo XXI requiere acabar con la pobreza absoluta de la tierra, igual que desapareció en España la de Las Hurdes o de los Campos de Níjar. Exige que nos planteemos en serio mínimos garantizados de renta para todos los terrícolas, de la forma más adecuada para crear un torbellino de actividad.

Ni pérdida, ni ganancia

Ese progreso material parece estar perdiendo sus señas de identidad humana. Quizás se están debilitando las fuentes de la benevolencia, en expresión de Taylor. En la lucha competitiva y deportiva cuyo origen hemos considerado, quizás se esté perdiendo la calidad humana del trato, la conversación, la pausa, quizás los valores aceptados hayan cedido el paso a la desorientación personal de muchos. De ahí un cierto hastío ante el crecimiento económico, que parece la versión agregada de una perniciosa obsesión personal por la riqueza. Pero «nor gain, nor loss» nos dijo Eliot hace ya tiempo.

Lo dicho hasta ahora puede parecer muy poca cosa: a) que los economistas se preocupan por los valores, pero que deberían leer más a Max Scheller; b) que hay una hermosa tarea por delante en beneficio de los más pobres del planeta. Pero desde ahí se trata de aterrizar y ver qué sugerencias puede hacer la economía ética acerca de los problemas que aparecen cada día en las agendas de los decisores: la semana de 35 horas, el envejecimiento de la población, la privatización de las pensiones, el calentamiento de la tierra, la medicina genética, seguros

médicos y desaparición de velo de la ignorancia, declaración del impuesto sobre la renta, el poder de los media, etc... No es éste el momento de abordar en detalle cada una de esas cuestiones; pero seguramente tiene sentido relacionar algunas de ellas con el discurso realizado. ¿No hay en varias de ellas síntomas de un debilitamiento de la generosidad? ¿Hemos olvidado por qué y cómo empezó toda esta aventura?

Posiblemente a lo largo de este siglo habrá cuatro mil millones más de vidas humanas sobre la Tierra. Hay capacidad para que tengan una vida digna desde el punto de vista material. El mundo rico cuenta con medios para ayudarles, sobre todo mediante el desarrollo tecnológico. Ha cumplido buena parte de su tarea, porque es mucho más fácil crecer cuando otros países te han enseñado el camino. Pero no podemos arrojar la toalla de nuestra responsabilidad y nuestro compromiso con los derechos humanos en toda la tierra, para dedicarnos a un hedonismo barato. El termómetro del número de hijos y del número de pacientes puede indicar el nivel ético, la contribución a los nuevos retos, de las diversas áreas metropolitanas del mundo. Toda interpretación filosófica o antropológica de la modernidad (Nietzsche, Marx, Hayek) que no tenga en cuenta su radical fuente originaria de generosidad es errónea. Taylor ha insistido en la fragilidad de la benevolencia. ▮

Referencias

- Akerlof (1982), «Labor contracts as a partial gift exchange». *Quarterly Journal of Economics*.
- Arrow, K.J. (1997), «Invaluable goods». *Journal of Economic Literature*, junio.
- Buchanan, J.M. (1986), *Liberty, market and State*.
- Buchanan, J.M. (1991), *Ethics and Economic Progress*. (Hay traducción).
- Delacroix, J. (1995), «Religion and economic action: the protestant ethic, the rise of capitalism and the abuses of scholarship». *Journal for the Scientific Study of Religions*.
- Etzioni, A. (1988), *The Moral Dimension*.
- Fanfani, A. (1935), *Catolicesimo, protestantesimo e capitalismo*.
- Fisher, I. (1930), *The Theory of Interest*.
- Fogel, R.W. (1999), «Catching up with the economy». *American Economic Review*, marzo.
- Fukuyama (1996), *Trust*.
- Lindbeck, A. (1995), «Hazardous Welfare-State Dynamics». *American Economic Review*, mayo.
- Maeztu, R.de (1936), *El sentido reverencial del dinero*.
- Novak (1998), *Business as a call*.
- Orléan, A. (2000), «L'individu, le marché et l'opinion : réflexions sur le capitalisme financier». *Espit*, noviembre.
- Rubio de Urquía, R. (1996), «Amor de preferencia por los pobres y dinámica social». En Estepa, J. M. (ed.), *Estudios sobre el Catecismo de la Iglesia Católica*.
- Samuelsson, K. (1961), *Religion and economic action*. (Hay traducción)
- Scheller, M. (1913-16; traducción 1941), *Ética. Nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*.
- Taylor (1996), *The sources of the self*. (Hay traducción)